



La novia de Lammermoor

Sir Walter Scott

La novela nos ubica en Escocia, durante el gobierno de la reina Ana I de Bretaña, entre 1702 y 1714.

La trama relata los infortunios de un amor desgraciado entre Lucy Ashton y el enemigo de su familia, el Master de Ravenswood. El Master de Ravenswood y Lucy Ashton se enamoran pero ella es hija del Lord Keeper, enemigo de Ravenswood y asesino indirecto de su padre a quien juró vengar su muerte. El Lord Keeper conoce las intenciones asesinas del Master, y tratando de librarse de su rencor propicia una relación entre éste y su hija, que se prometen en matrimonio pese a la oposición de Lady Ashton, madre de Lucy. Pero cuando Lady Ashton vuelve lo hace con un fin: expulsar al Master de su castillo y casar a su hija con un enemigo del Master, Bucklaw. El Master, que abandonó por amor sus ansias de vengar el honor de su padre y recuperar sus posesiones familiares perdidas por un cambio de política que favoreció al Lord Keeper, huye un año y vuelve cuando Lucy se va a casar para impedir romper su relación.

PRÓLOGO

Las buenas novelas modernas nos llegan a la inteligencia o al corazón por caminos sutiles, con una orquestación delicada. Suelen contarnos procesos psicológicos que se ahogarían con un exceso de palabras, o nos representan trozos de realidad tan vivos e impresionantes que requieren una notación directa y desnuda. Pero esto es un adelanto de la técnica literaria; admirable perfeccionamiento que puede crear —la ha creado ya— una nueva orientación estética en la literatura. Sin embargo, la belleza cabe, afortunadamente, en moldes muy distintos. Y este estilo amplificador de Sir Walter Scott —en 1819— puede producirnos aún, con sus grandes resonancias sinfónicas, el placer que siempre causa lo dado a la luz por una inspiración poderosa. Su contraste con el pianísimo de los mejores escritores contemporáneos nuestros es tan acentuado, que un libro como el presente, además de deleitar al lector actual con su perenne fragancia, se convierte para él en una lección de evolución literaria.

Walter Scott es la personalidad literaria básica del romanticismo. En las suyas se inspiran numerosísimas novelas de la primera mitad del siglo XIX. Entre nosotros, la imitación llegó a tal extremo que Mesonero Romanos protestaba en 1839: «Vemos a la novela histórica de Walter Scott ridículamente ataviada por sus imitadores con un falso colorido, desfigurando la Historia con mentidas tradiciones». Pero, en cambio, originó esa admiración una hermosa novela romántica española El Señor de Bembibre, de Enrique Gil y Carrasco —nacida precisamente de The Bride of Lammer-

moor— que alcanzó una extraordinaria popularidad. Goethe se entusiasma leyendo a Scott, y recomendaba esta lectura a Eckermann. Thierry, el gran historiador francés, fue profundamente influenciado por el novelista escocés, y escribe. «Saludé la aparición de Ivanhoe con transportes de entusiasmo». Les Chouans —primer éxito de Balzac—, Notre Dame de Paris, Salambó, y tantas otras novelas tienen su fuente en la nueva manera de enfocar el pasado introducida por Walter Scott. Y con este enfoque se propuso —y lo consiguió— que aquellos paisajes, costumbres y almas de siglos atrás no surgieran de la novela como un mundo frío y extraño, sino como algo que fue un presente, que palpitó en su tiempo. Vivificar las ruinas, hacer que parezcan naturales las maneras de ser que la Historia nos presenta rígidas, incomprensibles y hasta ridículas...

* * *

Sir Walter Scott (1771-1832), de un noble linaje —los Scotts de Harden— nació en Edimburgo. Brilló poco en sus actividades jurídicas y, siguiendo una indeclinable vocación, escribió poesías que le hicieron famoso. Pronto lo eclipsó un astro mayor de la poesía, Lord Byron, y Scott se descubrió a sí mismo como novelista, publicando a partir de 1814 su primera serie de novelas que comienza con Waverley, no atreviéndose a firmar con su nombre hasta ver su fama consolidada. Escribió con extraordinaria facilidad —que a veces le perjudicó— El Anticuario, Rob Roy, El Pirata, Redgauntlet, Ivanhoe, Quentin Durward, y muchas otras, alcanzando casi todas ellas una rápida universalidad. Pero esta fecundidad escondía una trampa donde había de caer el autor: el afán de enriquecerse con la literatura. Es frecuente entre grandes novelistas aferrarse a la ilusión de convertirse en poderosos financieros de las letras. Es el caso de Dickens y Balzac. Walter Scott se hizo editor. Se asoció con

James Ballantyne & Co., con un capital insuficiente y sus socios conocían el negocio editorial tan mal como él. Todos sacaban dinero cada vez que se les antojaba y solo Scott, con su sentido del deber, acudía a llenar los vacíos de la caja. En 1826 quebró la casa y se hundieron 120.000 libras.

Sin escarmentar con esto, volvió a asociarse con el célebre editor Constable, nueva aventura que completó su ruina. Estas tribulaciones económicas le obligaron a trabajar desesperadamente y, hasta 1847, después de su muerte, no se saldaron totalmente sus deudas con la venta de sus copyrights a Cadell.

Estos desventurados negocios influyeron mucho en el juicio que de Walter Scott tuvieron sus contemporáneos. Lord Cockburn, su enemigo político, dice de él: «W. S. era un comerciante hasta en el ejercicio de su genio. Estimaba menos la fama y la literatura que los beneficios obtenidos». Pero todos han reconocido que el dinero tan querido para él, supo gastarlo liberalmente. Difícil era hallar un amigo más dispuesto a sacrificarse. Sus mismos rivales alaban su generosidad. Y cuando los fracasos comerciales lo arruinaron, supo enfrentarse estoicamente con su ruina. Mientras sus socios se escabullían, él escribía sin cesar para pagar a los acreedores (en dos años ganó 40.000 libras y las entregó a éstos). Macaulay admira en él que no fuera envidioso ni irritable, «cosa rarísima entre los de nuestra casta». Por otra parte, su debilidad por el dinero lo llevó a una excesiva ostentación en los gastos, contribuyendo esto a su desastre económico.

* * *

La vida amorosa de Walter Scott no fue muy agitada. Su primer amor parece haber sido la hija de un comerciante, una cierta Jessie, a la cual recitaba antiguas baladas. En 1792 escribía a William Clerk sobre otro capricho sentimen-

tal, que fue poco duradero: «No veré a mi chère adorable hasta el próximo invierno». Su verdadera pasión fue Miss Williamina Belches, que se le casó con un banquero en 1796. Decepcionado, se casa al año siguiente con la hija de un emigrado francés, una Miss Charpentier que se esforzó por compenetrarse con el marido y llegó a sacar copias de los versos de éste para regalarlas a las amistades; se preocupaba de tenerle la chimenea siempre encendida y le ayudaba a recibir las visitas. Scott quemó todas sus cartas a su mujer y la echó de menos, al morir ésta, llamándola «la verdadera y fiel compañera de mi destino». Luego se dijo que flirteaba con Lady Abecorn. Eso es todo.

* * *

La Novia de Lammermoor, es una de las mejores novelas del escritor escocés, quien alcanza su mejor calidad cuando no se remonta demasiado en la Historia. El ambiente es el de los primeros años del siglo XVIII, reinando la reina Ana, viuda de Guillermo de Orange, y su trama de amor, venganza y misterio, se desarrolla sobre el fondo de las luchas políticas entre los partidarios de la dinastía destronada —los Estuardos— y los partidos gubernamentales. Lammermoor (o Lammermuir) es el distrito septentrional de los tres que forman el condado escocés de Berwickshire. Esta historia es la transposición novelada de sucesos reales. La espantosa escena descrita en el capítulo XXXIV de este libro, ocurrió efectivamente en 1669, unos cuarenta años antes de la época a la que Scott la traslada.

Rafael VÁZQUEZ-ZAMORA

CAPÍTULO I

DONDE AÚN NO COMIENZA ESTA HISTORIA, PERO SE DECIDE SU AUTOR A ESCRIBIRLA

POCOS estuvieron al tanto de cómo compuse estas narraciones, que no es probable sean publicadas en vida de su autor. Aunque esto ocurriese, no ambiciono la honrosa distinción *digito monstrarier*^[1]. Confieso que preferiría permanecer oculto tras la cortina, como el ingenioso manipulador de Polichinela, disfrutando del asombro y de las conjeturas de mi público. Quizás entonces pudiera ver ensalzadas por los juiciosos y admiradas por los sensibles las producciones del desconocido Peter Pattieson, mientras el crítico las atribuyese a alguna celebridad literaria, y la cuestión de cuándo y por quién fueron escritos estos relatos llenara huecos de charla en centenares de círculos y tertulias. No disfrutaré de esto mientras viva; pero a más tampoco se atrevería nunca a aspirar mi vanidad.

Soy demasiado tenaz en mis costumbres, y demasiado poco refinado en mis modales, para envidiar o aspirar a los honores concedidos a mis contemporáneos. No podría mejorar ni una pizca el concepto que tengo de mí mismo aun en el caso de que se me estimase digno de figurar como león^[2], durante un invierno, en la gran metrópolis. No me podría exhibir luciendo mis habilidades, como una fiera de circo bien amaestrada; y todo al barato precio de una taza de café y una rebanadita (fina como barquillo) de pan con mantequilla. Y mal podría resistir mi estómago la repugnan-

te adulación con que en tales ocasiones suele mimar la señora anfitrión a sus monstruos de feria, lo mismo que atiborra a sus loros con dulzainas cuando quiere hacerles hablar ante la gente. Perferiría permanecer toda mi vida en un molino —si me ponen en esa alternativa— moliendo mi propio pan, que servir de diversión a filisteos lords o ladies. Y esto no viene de que sienta aversión, o la finja, por esa aristocracia, sino de que ellos tienen su sitio y yo el mío; como la vasija de hierro y la de barro en la antigua fábula, sería yo quien saldría perdiendo en el caso de un choque. Pero con estos escritos varía el asunto. Pueden ser leídos o dejados a un lado a voluntad; divirtiéndose con su lectura, no promoverán los poderosos falsas esperanzas; no prestándoles atención o condenándolos, no mortificarán al autor; y son contadas las veces que pueden conversar, sin causar uno de estos efectos, con los que esforzaron su ingenio para solaz de ellos. Podría yo decir en el mejor sentido: *Parve, nec invideo, sine me, liber, ibis in urbem*^[3]. Pero no me asocio al pesar de Ovidio por no poder acompañar personalmente al libro que enviaba al mercado de la literatura, el placer y el lujo.

Si no hubiera ya centenares de casos, el destino de mi pobre amigo y compañero de colegio Dick Tinto, sería suficiente para prevenirme contra el afán de buscar la felicidad en la fama que pueda dar el cultivo afortunado de las bellas artes.

Dick Tinto solía derivar su origen —una vez que se tuvo por artista— de la antigua familia de Tinto, del lugar de este nombre en el Lanarkshire, y alguna vez dio a entender que, al usar el lápiz como principal medio de sustento, hubo de manchar en cierto modo su noble sangre. Pero aunque la genealogía de Dick era limpia, algunos de sus antepasados debieron de haber caído aún más que él, ya que el bueno de su padre ejerció el necesario —y confío que honrado— oficio, pero desde luego no muy distinguido, de sastre en el pueblo de Langdirdum, en el oeste. Bajo su hu-

milde techo nació Richard, y desde niño quedó incorporado al humilde negocio de su padre, contrariando en gran manera su vocación. El viejo míster Tinto no pudo alegrarse de haber forzado el genio juvenil de su hijo a torcer su inclinación natural. Le ocurría como al chico que trata de contener con un dedo el cañón de una cisterna mientras el chorro, exasperado por esta compresión, escapa por mil salidas insospechadas y lo empapa por haberse tomado ese trabajo. Que fue lo sucedido a Tinto padre, a quien su prometedor aprendiz no sólo le gastaba toda la tiza en dibujar sobre la mesa de confección, sino que hasta hizo varias caricaturas a los mejores clientes de su padre, los cuales comenzaron a murmurar que resultaba demasiado pesado el que después de ser deformadas sus personas por los trajes del padre, viniera encima a ridiculizarlos el lápiz del hijo. Esto produjo el consiguiente descrédito y pérdida de clientela, hasta que el viejo sastre, cediendo al destino y a las suplicas de su hijo, le consintió probar fortuna en un terreno para el que se hallaba mejor dotado.

Había por esta época en el pueblo de Langdirdum un peripatético «hermano de la brocha» que ejercía su profesión al aire libre y era objeto de admiración para todos los muchachos del pueblo, especialmente para Dick Tinto. Todavía no se había adoptado —entre otras indignas simplificaciones— ese inmoderado afán de economía que cierra un camino fácilmente accesible a los estudiantes de bellas artes, al substituir con caracteres escritos los dibujos simbólicos. Aún no se permitía escribir sobre la puerta enyesada de una taberna o en la muestra de una posada: «La urraca vieja» o «La cabeza del sarraceno», poniéndose, en vez de esta fría descripción, las vivas efigies de la plumífera charlatana y el ceño enturbantado del terrorífico sultán.

Dick Tinto se hizo ayudante de aquel héroe de tan decaída profesión y así, cosa frecuente entre los genios de esta sección de las bellas artes, comenzó a pintar antes de tener noción alguna de dibujo. Su talento para observar la

naturaleza le indujo pronto a rectificar los errores de su maestro. Brilló especialmente pintando caballos, por ser éstos un motivo favorito en las muestras de los pueblos escoceses. Y, al estudiar sus adelantos, es sorprendente observar cómo aprendió gradualmente a acortar los lomos y prolongar las patas de estos nobles animales, hasta que fueron pareciéndose menos a los cocodrilos y más a las jacas. La maledicencia, que siempre persigue al mérito con zancadas proporcionadas al avance de éste, ha afirmado que una vez pintó Dick un caballo con cinco patas. Podría basarme para defenderlo en la licencia que suele concederse a esa rama de su profesión, libertad que al permitir toda clase de combinaciones irregulares, puede muy bien extenderse hasta adjudicar un miembro supernumerario en un tema favorito de las muestras. Pero la causa de un amigo fallecido es sagrada, y no me permitiría tratarla tan por encima. He visitado la muestra en cuestión, que todavía se balancea en Langdirdum; y estoy dispuesto a declarar bajo juramento que lo que ha sido tomado erróneamente como la quinta pata del caballo es, en realidad, la cola de dicho cuadrúpedo. Considerando la postura en que ha sido trazado, viene a ser un alarde artístico. Como la jaca ha sido representada en posición rampante, resulta que la cola, prolongada hasta el suelo forma un *point d'appui* y sirve de trípode a la figura, ya que sin ella sería difícil concebir, colocados los pies como están, cómo podría sostenerse el corcel sin caerse hacia atrás. Esta atrevida creación se halla, afortunadamente, bajo la custodia de alguien que sabe apreciarla en todo su valor. En efecto, cuando Dick, más perfeccionado ya en su arte, comenzó a dudar de la licitud de una desviación artística tan audaz y quiso hacerle un retrato al posadero para cambiárselo por la obra de su juventud, fue rechazado el amable ofrecimiento por el sensato cliente, el cual había observado, según parece, que, cuando su cerveza fallaba en alegrar a sus huéspedes, bastaba una ojeada a la mues-

tra para ponerles de buen humor, y no era este detalle para ser despreciado por un respetable comerciante.

En medio de sus luchas y necesidades, Dick Tinto recurrió, como sus colegas, a cargar sobre la vanidad de los humanos el impuesto que no pudo sacar del buen gusto y de la liberalidad de éstos; en dos palabras: pintó retratos. Al llegar al grado de perfeccionamiento en que Dick se elevó sobre su primera actividad, y no permitía alusión alguna a ella, fue cuando nos encontramos de nuevo, tras una separación de varios años, en el pueblo de Gandercleugh, yo, con mi actual situación y Dick pintando reproducciones del rostro humano a guinea por cabeza. Remuneración no muy crecida, pero que bastaba por lo pronto para cubrir las modestas necesidades de Dick; de modo que ocupaba una habitación en el hotel Wallace y vivía bien y contento.

Aquella felicidad no podía durar. Cuando el honorable Señor de Gandercleugh con su mujer y sus tres hijas, el clérigo, el aforador, mi estimado mecenas, míster Jedediah Cleishbotham, y una docena más de personas acomodadas hubieron sido consignadas a la inmortalidad por el pincel de Tinto, empezó a flaquear la clientela, y no fue posible arrancar más que coronas y medias coronas de las ásperas manos de los campesinos cuya ambición conducía al estudio de Tinto.

Sin embargo, aunque el horizonte estaba cargado, no estalló ninguna tormenta durante algún tiempo. Mi patrón tenía fe en un huésped que había pagado bien, mientras tuvo medios. Y podía deducirse de la súbita aparición en la sala de un cuadro, al estilo de Rubens, representando a nuestro hotelero con su mujer e hijas, que Dick había encontrado medio de cambiar arte por primeras materias.

Nada más precario que los recursos de este género. Pudo observarse que Dick se convertía en el hazmerreír del patrón, sin osar defenderse ni vengarse; que su caballete fue a parar a la guardilla; y que ya no se atrevía a frecuentar el club semanal del cual había sido el alma. En fin, que los

amigos de Dick temieron le ocurriese lo que al animal llamado perezoso, el cual, una vez que se ha comido la última hoja verde del árbol donde se estableció, acaba cayéndose de las ramas y muere de inanición. Me atreví a insinuarle esto a Dick, aconsejándole que aplicase su inestimable talento a otra esfera de actividad y que abandonara el terreno que tenía ya exprimido hasta la última gota.

—Hay un obstáculo que me impide cambiar de residencia —dijo mi amigo, cogiéndome la mano, con mirada solemne.

—Una cuenta pendiente con el patrón, ¿no es eso? —repliqué con simpatía cordial—. Si puedo serte de alguna utilidad con mis escasos medios...

—¡No, por el alma de Sir Joshua! —contestó el magnánimo joven—. Nunca envolveré a un amigo en las consecuencias de mi mala suerte. Hay una manera de que yo recobre mi libertad. Es preferible arrastrarse por una alcantarilla que seguir en una cárcel.

No comprendí del todo lo que mi amigo quería decir. Parecía que la musa de la pintura le había fallado y era un misterio para mí qué otra diosa podría invocar en su infortunio. Nos separamos, sin embargo, sin más explicaciones y no volví a verle hasta pasados tres días, cuando me instó a participar en el *foy* con que su patrón se proponía obsequiarlo antes de su partida para Edimburgo.

Encontré a Dick muy animado, silbando, mientras apretaba las correas de la mochila que contenía sus colores, pinceles, paletas y una camisa limpia. Sin duda, quedaba en excelentes relaciones con el hotelero a juzgar por la carne fiambre servida en el reservado de abajo, acompañada por dos vasos de la mejor cerveza negra. Y reconozco que sentí curiosidad por conocer los medios de que se había valido mi amigo para que el aspecto de sus asuntos hubiese experimentado tan súbita mejoría. No creía capaz a Dick de estar en tratos con el diablo, y no podía ocurrírseme por

qué medios terrenales había logrado librarse tan felizmente.

Notó mi curiosidad y me estrechó la mano.

—Amigo mío —me dijo—, con gusto ocultaría hasta a ti la degradación a que hube de someterme para retirarme honrosamente de Gandercleugh. Pero ¿qué objeto tendría ocultarlo, si pronto descubrirá todo el pueblo, todo el mundo, a dónde ha llevado la pobreza a Richard Tinto?

Me asaltó entonces un súbito pensamiento; había observado que nuestro patrón llevaba unos pantalones flamantes de pana, en vez de los viejos de fustán.

—¡Cómo! —exclamé, moviendo la mano derecha rápidamente, con el dedo índice apretado sobre el pulgar, desde la cadera derecha hasta el hombro izquierdo—. ¿Te has resignado de nuevo a cultivar el arte paterno? ¿Puntadas largas, eh, Dick?

Rechazó esta desafortunada conjetura con un gesto de enfado y un «*pché*» denotador de un gran desprecio y, conduciéndome a otra habitación, me mostró, apoyada sobre la pared, la majestuosa cabeza de Sir William Wallace, tan tétrica como cuando fue separada del tronco por orden del felón Edward.

Esta obra había sido realizada sobre tablones de un grueso muy respetable, y tenía el extremo superior decorado con herrajes para que la ilustre efigie pudiera colgarse como muestra. Me dijo:

—Ahí está, amigo mío, el honor de Escocia junto con mi indignidad; no, no la mía, sino la de aquellos que, en vez de estimular al arte en su verdadera senda, lo obligan a recurrir a tan viles e indecorosos extremos.

Me esforcé en calmar los agitados sentimientos de mi maltratado amigo. Le recordé que no debía despreciar, como el ciervo de la fábula, las cualidades que lo habían sacado de trances difíciles, en los cuales no le había servido su talento de pintor de retratos y paisajes. Alabé, sobre todo, la ejecución de su cuadro, así como su concepción. Le hice

ver que lejos de sentirse deshonrado porque una prueba soberbia de su talento se expusiera a la vista del público, más bien debía alegrarse de que su fama se extendiera con ello.

—Llevas razón, amigo, llevas razón —replicó el pobre Dick, encendiéndose sus ojos de entusiasmo—, ¿por qué he de avergonzarme de ser llamado un... un... —vaciló buscando una expresión— un *artista al aire libre*? Hoggarth se ha presentado haciendo ese papel en uno de sus mejores grabados. Domenichino, o algún otro, en los tiempos antiguos, y Moreland en los nuestros, ejercitaron su talento de esa manera. Y ¿por qué limitar a las clases pudientes el placer que la obra de arte ha de inspirar a todos? ¿Qué razón hay para que la Pintura sea más avara en el despliegue de sus obras maestras que su hermana la Escultura? Bueno, nos queda muy poco tiempo que estar juntos: el carpintero vendrá dentro de muy poco tiempo a colocar el... el emblema. Y, la verdad, con toda mi filosofía y los ánimos que me das, preferiría irme de Gandercleugh antes de que comience la operación.

Compartimos el banquete de despedida ofrecido por nuestro magnífico hotelero y acompañé a Dick durante un buen trozo de su camino. Iba a pie hasta Edimburgo. Nos separamos a una milla del pueblo, precisamente cuando oímos la distante gritería de los chicos motivada por el izamiento del nuevo símbolo del Wallace. Dick Tinto apresuró el paso para no oír aquello.

En Edimburgo fueron reconocidos los méritos de Dick, y recibió invitaciones a comer y consejos de algunos distinguidos críticos. Pero estos caballeros tenían más pronta su crítica que su bolsa, y Dick pensó que necesitaba más de la bolsa que de la crítica. Por eso se fue a Londres, mercado universal del talento, donde, como suele ocurrir en todos los mercados, de cada mercancía se pone a la venta mucho más de lo que puede venderse.

Dick, a quien todos consideraban excelentemente dotado para su profesión, y que por su carácter vanidosa y confiada no dudaba ni un momento de su triunfo final, se arrojó de cabeza a la multitud que luchaba en tropiezo por destacar. Atropello a otros y a su vez fue atropellado. Finalmente, a fuerza de intrepidez, consiguió significarse algo; llevó cuadros a la exposición de Somerset House y maldijo al jurado de admisión. Pero el pobre Dick había de perder el terreno que conquistó tan bizarramente. En las bellas artes apenas si hay alternativa entre el éxito eminente y el fracaso absoluto, y comoquiera que la habilidad de Dick no consiguió asegurarse el primero, cayó en las consecuencias desasí trosas del segundo. Durante algún tiempo fue protegida por algunas personas inteligentes que se precian de originales y de sustentar opiniones opuestas a las corrientes en cuestiones de gusto y crítica. Sin embargo, pronto se cansaron del pobre Tinto, y se descargaron de él como el niño tira lejos de sí su juguete. Creo que la miseria se apoderó de él y lo acompañó hasta su tumba prematura, a la que fue conducido desde una humilde vivienda de la calle Swallow, en cuyo interior su patrona le había acosado con facturas y a cuyo exterior le aguardaban siempre los alguaciles, hasta que la muerte fue a liberarlo. En un rincón del *Morning Post* se notificó su fallecimiento, con la generosa aclaración de que su estilo revelaba positivo genio, aunque sus producciones fueran demasiado abocetadas. Se añadía un anuncio, en el cual míster Varnish^[4], un acreditado vendedor de grabados, decía conservar varios dibujos y cuadros de Richard Tinto, Esquire, que se hallaban a disposición de los coleccionistas. Así terminó Dick Tinto; lamentable prueba de la gran verdad de que en el arte no se tolera la mediocridad y que quien no pueda subir hasta el último escalón hará bien en no poner el pie en la escalera.

Recuerdo con cariño a Tinto por las muchas conversaciones que sostuvimos, la mayoría de ellas referentes a mi actual tarea. Le encantaba verme adelantar, y hablaba